

El humanismo de Eugenio Ímaz

JOSÉ BIEDMA LÓPEZ
UNED Úbeda-Jaén

Resumen

Trazamos el perfil del filósofo donostiarra Eugenio Ímaz, su formación en el círculo de Zaragüeta y Zubiri, su vínculo con la revista *Cruz y Raya*, su progresismo espiritualista, su apuesta por la democracia, su búsqueda de un idealismo integrador de los valores seculares y cristianos, sus posiciones después del alzamiento militar del 1936, sus amistades y labores de traductor y profesor en el exilio. Por último se ofrecen algunos textos clarificadores de su humanismo clásico, su concepción de la filosofía como teoría de la educación.

Palabras clave

Eugenio Ímaz, *Cruz y Raya*, Juan Larrea, León Felipe, Fondo de Cultura Económica.

Abstract

We trace the profile of the Donostia philosopher Eugenio Imaz, training in the circle of Zaragüeta and Zubiri, its link to the important magazine *Cruz y Raya*, his spiritualist progressivism, their commitment to democracy, his search for an inclusive idealism of secular and Christian values, their positions after the military uprising of 1936, their friends and work as a translator and professor in exile. Finally some clarifying texts of his classical humanism, his conception of philosophy as theory of education offered.

Key words

Eugenio Ímaz, Xavier Zubiri, Cruz y Raya, Affaire "Gide", José Bergamín, exilio, Juan Larrea, León Felipe, España Peregrina, Fondo de Cultura Económica (FCE), humanism.

LA TERCERA ESPAÑA

Vasco rubio de pelo lacio, alto y enjuto como nuestro señor don Quijote, la mirada clara..., Eugenio Ímaz Echeverría empezó derecho pero acabó filósofo. Trabajador infatigable, secretario de cualquier proyecto ilustrado, excelente escritor, brillante profesor y enorme traductor.

Tras su muerte en 1951, así lo describe el escritor mejicano Alfonso Reyes:

¿Quién no recuerda al vasco salubre y sencillo, seguro como la mano abierta, compañero para todas las horas, que nada pedía y se daba íntegro y cuya principal virtud fue sin duda el parecerse tanto al aire y al agua, a las cosas de la naturaleza? La autenticidad era su excelencia, era su gracia (...). Filósofo en anchura, filósofo del espacio abierto y no del aula, hasta se atrevía a contradecirse, en el afán de llegar al fondo de los enigmas; y no por coquetería paradójica, sino para aceptar mejor, con pánico acatamiento, los avisos de la realidad, no siempre reducibles al breve compás del raciocinio (...) No hay filosofías muertas –pensaba-, ni hay lenguas muertas, salvo cuando se las ignora (...) No aceptaba la historia abstracta de los sistemas filosóficos. Detrás de toda filosofía, adivinaba una religión (Ascunce, 1991:14-15).

Eugenio Ímaz fue un hombre de insobornable fe humanista y cristiana. Nació en la parte vieja de San Sebastián a fines de la primavera de 1900. Su padre era humilde cesterero y tenía que completar lo poco que ganaba con su artesanía con el trabajo de sereno, para alimentar a ocho hermanos, de los que Eugenio era el benjamín. Eugenio padre, educado en el ambiente cosmopolita de Donostia, era de mentalidad liberal y poco practicante en lo religioso; la madre, María Josefa, natural de Astigarraga, profundamente religiosa, católica y activa practicante, criada en caserío y con un conocimiento precario del castellano.

Desde pequeño, Eugenio vivió la tensión entre localismo y universalismo, entre nacionalismo e internacionalismo. Hablaba con perfección tanto el euskera como el castellano, a los que luego añadió el alemán, el francés y el inglés. Su filosofía siempre fue integradora. Como su amigo íntimo León Felipe, clama: *«El hombre es lo que cuenta; el hombre es lo que importa»*.

Estudiante sobresaliente, pudo estudiar gracias a sus buenas notas. Becado por su ayuntamiento, inicia en 1917 estudios de derecho en Madrid. Entre sus amigos de entonces: Emilio y Vicente Lledó, Antonio Díaz Cañabate, Joaquín Garrigues, Ramón Serrano Súñer o José Antonio Primo de Rivera, con quien Eugenio practicó deportes de remo y vela.

En aquellos momentos, Ortega y Unamuno lideraban los movimientos de renovación de la cultura española. La Residencia de Estudiantes, la Institución Libre de enseñanza y el Ateneo madrileño, estimulaban la modernización y el cambio cultural. A fines del 18, cursando su tercer año de derecho y aconsejado por el filósofo guipuzcoano Juan Zaragüeta, catedrático de la universidad de Madrid, marcha a Lovaina en compañía de su íntimo amigo Xavier Zubiri, donde pasará hasta la primavera de 1920, dedicando su tiempo a estudios de filosofía y derecho político comparado, descubriendo su vocación filosófica y pedagógica. Puede que contribuyera también a ello su participación en la tertulia veraniega de Juan Zaragüeta, en la que participaron Ortega, Marañón, Asín Palacios...

Su contacto con la filosofía pudo provocar su primera crisis de fe. No olvidemos que tanto Zaragüeta como Zubiri, amigos y confidentes, eran sacerdotes. Ímaz optará por el cristianismo humanista, integrador. Su mente operará de la antinomia al sincretismo, hacia una «filosofía del abrazo» o «idealismo de la integración».

El nacionalismo vasco pudo indisponerlo con una parte de su familia. Ímaz amaba la tierra pero anteponía lo universal a lo particular, la humanidad sobre el vasquismo, la unión a la separación. Para él la vigencia de lo euskérico no se hallaba en su reclusión, sino en su expansión, de modo que las raíces provincianas resonasen con fuerza en el coro universal.

Acabará la carrera de derecho, pero sólo para dedicarse apasionadamente a la filosofía. Cursará entonces estudios en Friburgo, Munich y Berlín. Oirá a Husserl, Heidegger y Einstein. Años de estudio y camaradería con Zubiri. Con Zaragüeta forman una especie de grupo donostiarra, unidos por la amistad y la devoción a la filosofía.

A Heidegger lo describe en una entrevista: «*chiquitico, moreno, con dos ojillos de insecto taladrador en su anchurosa frente. Vestía de calzón corto, como los tamborileros de mi pueblo en días de gala. No se sonreía nunca. Como diría Baroja, un antipático*». (Ascunce, 1991:62).

Ímaz pasó siete años en Alemania (1924-1932). Sus biógrafos creen que viajó también a Inglaterra en esos años pues dominará el inglés con soltura y maestría. En 1937 actuará como representante del gobierno de la República en los EEUU. El francés lo debió de aprender en Bélgica. En Alemania conoció a Hilde, que será su mujer y con la que tendrá dos hijos. Con ella retorna a España.

Zubiri ayudará a la pareja a instalarse en Madrid. Culturalmente, Eugenio fue un germanófilo decidido, lo cual le granjeará la antipatía de paisanos y familiares que interpretaron equivocadamente su actitud como simpatía por el emergente nazismo. Pero Ímaz siempre estuvo en contra de cualquier totalitarismo, tanto del fascismo como del comunismo. Formó parte de esa *tercera España* minoritaria de intelectuales excelentes fieles a la República y, sobre todo, al principio democrático, pero enemigos de los extremismos.

Sin embargo, cuando estalla la guerra, esta situación se hizo insoportable. Ímaz no comprende la pasividad de las democracias occidentales ante el levantamiento militar contra la legalidad republicana. Mucho menos la postura de la mayoría de obispos otorgándole al golpe el carácter de cruzada. Tampoco entiende ni la huida de Zubiri, que marcha a París a estudiar lenguas orientales, ni el compromiso de Zaragüeta con los nacionales. La guerra civil rompió la armonía entre los tres amigos, cada uno de los cuales representará una España distinta. A pesar de lo cual, hay que decir que, cuando Zubiri y Zaragüeta se integraron en la vida española tras la guerra civil, ambos

mantuvieron una postura abiertamente crítica respecto de la cultura oficial, lo cual en 1942 le costó a Zubiri la cátedra de historia de la filosofía.

Hombre, Dios e Historia, ejes de su pensamiento, parecen irreconciliables en la práctica política. Su posición será siempre la de un demócrata liberal. Más demócrata que liberal, pero manteniendo un rechazo visceral a cualquier tipo de violencia. Por demócrata radical, Ímaz parece confesar a veces cierta propensión populista. Tan demócrata es que se siente inclinado a aceptar los totalitarismos, si estos son expresión libre y voluntaria del pueblo y el acceso al poder es por elección y no mediante la violencia. De todos modos, serían desviaciones en una dinámica histórica que tendría que conducir al fin a un régimen de libertades.

Ve una contradicción entre el espíritu cristiano y cualquier especie de totalitarismo, y por eso sufrirá un golpe bajo en su sensibilidad cristiana, cuando conozca el contenido de la *Carta colectiva* del episcopado español, firmada por el cardenal Isidro Gomá en julio de 1937, en la que se justificaba la barbarie de Guernica, Durango, Almería, etc., en nombre de Cristo y de la Iglesia católica. Fue el obispo de Salamanca, futuro cardenal primado de Toledo, Dr. Enrique Pla y Deniel quien publicó un año antes, en septiembre del 1936, una carta pastoral titulada *Las dos Españas*, donde tildaba a comunistas y anarquistas de «hijos de Caín» y definía el alzamiento como cruzada para restaurar el orden moral. En el verano del 37 el Vaticano reconocía oficialmente el gobierno de Franco. Se consolidaba así el nacional-catolicismo, cultura oficial de la dictadura.

PROGRESISMO ESPIRITUALISTA

Ímaz comparte un *historicismo teleológico* que puede también ser interpretado como una teología historicista. La democracia es sagrada por expresar la voluntad del Espíritu. Las influencias principales de dicho historicismo liberal y humanista son Kant, Hegel, Comte, Dilthey y Collingwood. En la medida en que el hombre progresa se va fundiendo con la divinidad. La historia resulta del compromiso entre el principio de finalidad espiritual y la razón de la libertad humana.

«Toda la historia universal no es otra cosa que la realización del Espíritu. El Espíritu, por fin, después de un forcejeo dialéctico de milenios, ha llegado, en magnífico orto, a reconocerse a sí mismo como libre, como libertad» (Ímaz, 1989:59).

La democracia objetiva políticamente la espiritualización histórica de la humanidad. Se trata de un *progresismo espiritualista*. El cristianismo debería ser -para Ímaz- la espiritualización absoluta del humanismo, igual que la democracia representa el humanismo político. En la dialéctica histórica el papel del intelectual adquiere los rasgos de misión sagrada, de vocación didáctica y pedagógica. El intelectual aparece como responsable de vida y doctrina, presente y futuro, historia y trascendencia.

CRUZ Y RAYA

Es muy posible que el cristianismo de Ímaz fuese influido por el evangelismo luterano de Hilde Jahnke, su mujer. Su posición cuaja en su amistad con José Bergamín, con quien romperá luego dolorosamente en el exilio mejicano. Zubiri ejercerá de enlace entre los dos amigos. Los tres compartirán empresas, siendo la principal la fundación de la revista *Cruz y Raya*. La cruz es un símbolo cristiano pero la raya indica una voluntad decidida de innovación y rompimiento con la tradición. *Cruz y Raya* vivirá tres años, desde abril de 1933 a junio de 1936. Se define como «política, católica, liberal, abierta y de ruptura». No estuvo sometida a ideologías partidistas o confesionales ni a bandería sectarias. Supo mantenerse en el difícil espacio de la neutralidad ideológica y la libertad crítica, con una editorial claramente pedagógica. En torno a *Cruz y Raya*, conocerá Ímaz al poeta y filósofo Juan Larrea con el que compartirá más adelante las aventuras de la *España Peregrina* y el nacimiento de *Cuadernos Americanos*.

Por la tertulia de *Cruz y Raya* pasaron García Lorca, Luis Rosales, J. A. Maravall, L. F. Vivanco, Julián Marías, Miguel Hernández¹... En sus tertulias, nuestro filósofo dio pruebas de su talante de ameno conversador, dialogador fácil y excelente apologeta. En 1934 inicia una colaboración asidua en la revista *Diablo Mundo* de la izquierda republicana. Desde su sereno republicanismo se opone al totalitarismo de la CEDA y crea verdaderas caricaturas esperpénticas del modelo nazi. Mordaz e irónico, en esta época ejerce ya como profesor particular de filosofía.

La guerra civil significará la violenta caída de la teoría a la realidad histórica y de la esperanza ingenua en una reconciliación entre hechos e hipótesis. Tendrá que ver con amargura como las democracias más representativas de Occidente traicionan a la española, postura tan ignominiosa e igual de criminal que la del totalitarismo fascista,

¹ Ímaz recoge el juicio de Julián Marías sobre el poeta murciano: «elemental e intenso, un pastor de Orihuela con profundo sentido religioso y poético» (en *Topía y Utopía*).

pues colabora con la infamia y la indignidad por negligencia o interés. La hecatombe social de la guerra civil es percibida por el hombre de ideas, no de partido, como un absurdo espiritual. El alzamiento militar no es solamente irracionalismo y locura, injusticia e ilegalidad, sino también ahistoricismo e involucionismo, un ir hacia atrás como los cangrejos, para quien piensa la cultura como un progreso hacia «*el destino eterno del alma*».

Queda, sí, el consuelo de que el Espíritu haya escogido a España para dirimir entuertos y solventar desequilibrios. Pero el heroísmo del pueblo, aun encarnando el mito de nuestro señor don Quijote, sacrificándose no sólo por su historia, sino por la historia universal, será derrotado cruelmente. E. Ímaz era partidario de un pacifismo militante y activo, buscando apasionadamente una utopía que cada vez se antoja más imposible. Es natural que este contraste le produjera un desgarrón emocional profundo. La traducción y la transmisión pedagógica le servirán de sostén y refugio.

José Ángel Ascunce ve en la actitud de Imaz un paralelismo con Collingwood, al que traduce y al que define como el hombre que «*se encontró a sí mismo gracias a la guerra española y la guerra española se encuentra a sí misma en el juicio impecable e implacable del filósofo historiador*» (Ascunce, 1991:122).

Uno de los episodios que mejor permite comprender la actitud democrática de Ímaz fue el «*affaire André Gide*», en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas² (Valencia 1937), congreso del que el escritor se desvinculó. Gide, tras viajar a Rusia para asistir a los funerales de Máximo Gorki se permitió la valentía de criticar los aspectos negativos del sistema comunista en su *Retour de l'U.R.S.S.* (1936): abusos de poder, excesos de culto a la personalidad, falta de libertades individuales, lo cual indignó a los dirigentes rusos, que condicionaron su presencia en el Congreso al repudio, censura y prohibición expresa por parte de los organizadores de que Gide asistiese al congreso. Imaz no sólo debió lamentar este veto, sino también el protagonismo descarado que asumieron las organizaciones comunistas, como si la única alternativa al fascismo fuese la cultura y política comunista, cuando él busca el equilibrio del hombre moderno en el «*punto medio*».

EL EXILIO

² Organizado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, en Madrid y luego en Valencia. La Alianza fue creada el 30 de julio de 1936 como sección española de la Asociación Internacional de Escritores en defensa de la cultura (París, 1935).

A principios del 37 viaja con una delegación del gobierno republicano a Washington para hacer salir a la gran potencia de la neutralidad con respecto a la guerra civil española. Ímaz pasó casi un mes en Nueva York, de él dice el líder socialista Fernando de los Ríos que era «*el más persona de todos*».

A la guerra civil siguió el exilio. Con la caída de Barcelona y Madrid más de medio millón de españoles cruzan los Pirineos. En el verano del 37 la familia Ímaz se traslada a Francia, donde nacerá el segundo hijo del matrimonio, Víctor. Allí vivirán hasta mediados del 39. El presidente de Méjico, el general Lázaro Cárdenas, se mostró bien dispuesto a acoger a los republicanos españoles, que llegaron a ser unos doscientos mil refugiados. Juan Larrea fue uno de los organizadores de este «salto del charco» promoviendo la Junta de la Cultura Española, presidida también por Bergamín y cuyo secretario será Eugenio Ímaz, quien colabora muy activamente en el Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles.

Por entonces ya proyecta la traducción de toda la obra de Dilthey y espera poder dar clases de filosofía en la universidad de Méjico, a donde se traslada en mayo del 39. Poco después empiezan a salir los barcos de refugiados. Neruda organizó, comisionado por el gobierno de Chile, otro embarque para este país. En agosto del 39 se instala con su esposa Hilde e hijos, Carlos y Víctor, y consigue el permiso de residencia gracias a las óptimas referencias del intelectual mejicano Daniel Cosío, quien también le ayuda a colocarse en el Fondo de Cultura Económica.

Para organizar el exilio se crearon dos organismos, el SERE (Servicio de Evacuación de Republicanos Españoles), y el JARE (Junta de Ayuda a los Republicanos Españoles). Entre los exiliados subsistían profundas diferencias ideológicas, entre republicanos socialistas y demócratas moderados, de un lado; y revolucionarios comunistas, trosquistas y anarquistas, del otro. Indalecio Prieto propició la JARE, la SERE fue creada por sectores más moderados, afines a Negrín. E. Ímaz trabajó para la postura más moderada de la SERE.

El organismo de expresión e integración de los intelectuales exiliados españoles fue la revista *España Peregrina* que en cierto sentido continuó en América a *Cruz y Raya*. El título de la revista fue ideado por Bergamín. Publicó nueve números de febrero a octubre de 1940, más un décimo inédito. Ímaz fue su secretario y aquí publicará sus

artículos más importantes³. Colabora con Bergamín en la fundación de la editorial *Séneca*, en la que publicará su traducción del trabajo de P. L. Landberg, *Experiencia de la muerte*.

Sufrirá en el seno de la *España Peregrina* una segunda ruptura personal, en torno al «affaire José Bergamín». Parece ser que este desvió fondos de la Junta de Cultura Española para otros menesteres. Larrea, León Felipe y Eugenio Ímaz acabaron enfrentándose con Bergamín. Además del problema del despilfarro de los fondos de la revista, había también un problema de incompatibilidad ideológica, pues Bergamín, aliado con Neruda, instaba a que los miembros de la Junta se decantaran públicamente por el comunismo. A todo esto, Larrea no simpatizaba con Neruda, ya desde los tiempos de *Cruz y Raya*, a causa del liderazgo que el poeta chileno quería imponer a los dos grandes poetas americanos del momento: Vicente Huidobro y César Vallejo.

Ímaz se posicionó con Larrea y León Felipe, alejándose de Bergamín y dejando de colaborar en las empresas y proyectos del mismo. Su amistad con León Felipe y Larrea venía de lejos y ahora se consolida. Los tres -dice Asunce- representan la línea más pura del pensamiento republicano en el exilio: un humanismo comunitario de fondo teleológico y sentido religioso⁴. Un finalismo utópico. León Felipe apuesta por una nueva Humanidad fusionada con el Espíritu. Larrea por una nueva Tierra de Amor. Como Imaz, ambos creen en la dimensión utópica y espiritual del finalismo histórico, una metafísica con raíces ilustradas, kantianas. Es natural que los tres, elevados con las alas del espíritu, sufrieran como ícaros un mayor topetazo en el piélago de la realidad.

Con la ayuda de Jesús Silva Herzog nace en 1942, mientras arde Europa, el primer número de *Cuadernos Americanos*, producto de la estrecha colaboración creadora de hispanoamericanos y españoles, con miras a preparar el advenimiento de una cultura más universal, más humana. Una vez más, Imaz actúa como infatigable secretario. En sus primeros números publicó más de una veintena de artículos y ensayos, al mismo tiempo que publicaba en otras revistas mejicanas y venezolanas. Fue también muy intensa su labor como prologuista, destacando los que realiza para la obra de J. Burckhardt, J. Dewey, R. Collingwood y, sobre todo, Dilthey. En 1945 publica *Asedio*

³ «Discurso in partibus», «Pensamiento desterrado», «Entre dos guerras», «En busca de nuestro tiempo»...

⁴ Tanto la mujer de Ímaz como la de León Felipe eran cristianas practicantes no católicas. *Cherchez la femme!*

a *Dilthey: un ensayo de interpretación*, y en 1946: *El pensamiento de Dilthey. Evolución y sistema*.

En *Topía y utopía* (1946), Ímaz recopila sus ensayos más selectos. *Luz en la caverna. Introducción a la psicología y otros ensayos* (1951) fue un homenaje de un grupo de amigos encabezados por Alfonso Reyes y José Gaos, que recogieron, tras su muerte, 36 trabajos de Ímaz de la década de los 40. Son heterogéneos, pero su tema principal es el hombre como proyecto a realizar. La filosofía de Ímaz integra muy originalmente humanismo con cientifismo, espiritualismo, historicismo, personalismo...

En Méjico, junto con otros ilustres exiliados, ejerció una fértil labor docente y universitaria, como profesor de filosofía en la Casa de España, creada por el presidente Lázaro Cárdenas en 1938. En ella se reúnen filósofos de la talla de Gaos, García Bacca, con las figuras más relevantes de la cultura mejicana, como Alfonso Reyes, que preside la institución. Luego fue convertida en el Colegio de Méjico (1939), en el que Ímaz introduce los estudios de historia y antropología. De allí pasa a la Facultad de Filosofía y letras de la Universidad Nacional Autónoma de Méjico, donde tuvo cátedra de filosofía, como Joaquín Xirau, Gaos, García Bacca, Luis Recaséns Siches, Eduardo Nícol, etc. Estos transterrados republicanos revolucionaron la cultura mejicana y por extensión la hispanoamericana, centrando la atención de profesores y alumnos.

Brillantísimo profesor, nada académico, entendía la filosofía como algo vivo y personal, que compromete la transformación responsable del hombre. Ampliaba al espacio de la conversación filosófica al café y a su propia casa.

Ímaz contribuyó directamente a la restauración de la Facultad de Filosofía y letras o humanidades de Caracas. Entre sus discípulos de la capital de Venezuela merece citarse a Ernesto Mayz Vallenilla (n. 1925), que fue alumno de Heidegger y rector fundador de la Universidad Simón Bolívar. Ha escrito una crítica de la razón técnica (1974) y es considerado el más destacado filósofo latinoamericano del siglo XX. Ímaz introdujo las ideas gestaltistas en Venezuela y tal vez en toda Latinoamérica. Otro de sus alumnos destacados será el escritor mejicano Carlos Fuentes, quien dice de él que despojaba la cultura cristiana de dogmatismo y ñoñez, revalorizando la idea utópica. Carlos Fuentes reconoce la deuda de toda una generación de artistas y pensadores con la inmigración republicana.

El espíritu institucionista caló hondo allí, el cual insistía en la importancia del diálogo frente al discurso magistral. El espíritu de Giner de los Ríos triunfaba en América mientras aquí quedaba maldito y proscrito.

El trabajo de Ímaz estuvo muy vinculado a la editorial *Fondo de Cultura Económica* que inició su andadura en 1934 como consecuencia de la negativa de Ortega y Gasset y Espasa Calpe a publicar libros técnicos y de ciencias sociales a Daniel Cosío Villegas, que fue quien creó la primera casa editorial independiente de Méjico. Las primeras publicaciones fueron de economía, de ahí el título. En 1939 FCE universalizó su proyecto cultural. Allí publicará María Zambrano. Ímaz se entregó vocacionalmente a esta empresa con su inmenso trabajo de traductor. El crecimiento e impacto cultural de la editorial será gigantesco⁵.

Además de la obra completa de Dilthey, tradujo a más de cuarenta autores y más de cincuenta títulos. Puede que contase para ello con la ayuda de su mujer Hilde. Entre ellos: Cassirer, Dewey, Weber... La *Paideia* de W. Jaeger alcanzó un formidable record de ventas, traducida por Xirau.

La cultura hispana acabaría experimentando un efecto puente o bumerán, pues estas obras traducidas por intelectuales republicanos acabarán siendo referente en el rejuvenecimiento de la cultura española durante el franquismo. Con su metafísica de la historia, Ímaz mantiene viva la llama de la utopía, de Heliópolis, de la Ciudad del sol. Su imperativo categórico: el hombre en el tiempo histórico debe, por misión y destino, alcanzar las cotas de la divinidad, unificar en una misma naturaleza su realidad con la del amor: *homo amans*. La mariposa es el emblema realista de esta resurrección, como ejemplo de la mutación de un ser imperfecto y repugnante, el gusano, en un ser bello y celeste. Tal proyecto ha de ser por fuerza comunitario, pues, siguiendo a Kant, cuya filosofía de la historia tradujo Ímaz, piensa que es en la especie donde alcanzará el género humano por completo su destino.

Evolucionismo e historicismo de inspiración kantiana se dan aquí la mano: «el historicismo define al hombre formalmente por su evolutividad». Y toda naturaleza valorada como proceso histórico no puede desvincularse de la idea de finalidad⁶. La

⁵ Ímaz debió conocer al paleógrafo, bibliógrafo y académico Agustín Millares Carló, quien en 1938 se trasladó a México como vicecónsul, sus nombres aparecen juntos en la obra *Utopías del Renacimiento*, editada por FCE en 1941, Ímaz es autor de su estudio preliminar y Millares Carló traductor.

⁶ Véase «Kant, filosofía y quilianismo» (*Topía y utopía*), «Conquista de la libertad», «Historia y lo demás son cuentos», «Oxford nos envía un filósofo» (*Luz en la caverna y otros ensayos. Introducción a la psicología*, FCE. Madrid 2009).

social insociabilidad del humano va dibujando la marcha de los hombres, su progreso: «como una línea microscópicamente zigzagueante pero macroscópicamente asintótica», pues se acerca de continuo a otra línea, su fin o meta, sin llegar nunca a encontrarla. «*Sólo la Historia, la nueva ‘ciencia nueva’* -escribe en su Introducción a Vico- *puede ofrecernos una ‘demostración de hecho’, una demostración histórica de la Providencia*»

También recurre a Hegel, Comte y Tocqueville para formular su teoría de la historia y de su significado profundo. De Hegel toma la idea de la historia como realización del Espíritu que es libertad. Al modo de Comte identifica esta idea de libertad-espíritu con la razón de humanidad. Y de Tocqueville toma la idea de que todos los pueblos marchan hacia la democracia.

El *homo faber* cambió a *homo sapiens* y está llamado a ser el *homo amans*. En este panorama evolutivo la humanidad se supera a sí misma como realización en el tiempo y el espacio de los principios de libertad y democracia, revelados por el Espíritu y encarnados en la Humanidad.

La experiencia, no obstante, muestra en su realidad histórica –sobre todo la vivida por Ímaz- una dinámica antagónica, donde se impone el derecho de la fuerza, la razón de la guerra, la desintegración cultural y la ruina, en lugar de la fuerza del derecho... Todo eso parece contradecir la madurez del hombre y confirma el divorcio desgarrador entre teoría y práctica, filosofía y vida.

A pesar de su matrimonio con Hilde, Ímaz fue aliadófilo, pues los aliados representaban en la segunda gran guerra la prevalencia del sistema democrático frente al totalitarismo fascista o comunista. Hilde tuvo la mala suerte de que su casa familiar correspondió en el reparto al lote ruso.

La legitimación internacional del régimen del general Franco a partir de 1949 frustró las esperanzas de los españoles exiliados. Una vez más Ímaz comprobó la traición de las democracias occidentales, sintiendo que vivía en un mundo alucinante donde habían perdido sentido y validez los principios sociales, las razones históricas y las verdades teológicas. El espíritu, descarriado. Vivirá momentos de abatimiento profundo, de dramatismo emocional.

Decaimiento de la fe. La utopía se realiza cuando la fe empuja a la voluntad a la acción. Mientras tal ocurra, la utopía es real por ser posible. Pero el decaimiento de la fe llevará al escritor vasco a una crisis profunda en la que se rebela frente a todo

acatamiento y servilismo con un acto supremo de afirmación personal: la huida metafísica.

El 28 de enero de 1951 muere de improviso en un hotel de Veracruz cuando se hallaba gestionando su marcha a Puerto Rico.

EL HUMANISMO DE ÍMAZ

Ímaz entiende el humanismo en un sentido clásico, a la vez pagano y cristiano, socrático y erasmista, como simbiosis de la dimensión cultural y política del hombre. El trabajo de las humanidades es *trabajo de buena fe*, de fe en el hombre.

«El comienzo de la metafísica en el pensamiento de Platón representa al mismo tiempo el comienzo del humanismo». La filosofía es entonces una teoría general de la educación, de la urbanidad y la civilidad. La relación de las humanidades, de la filosofía, con la juventud es la fe en el destino de la humanidad, de lo humanamente divino y de lo divinamente humano. *«El filósofo y la ciudad deben andar juntos, nos enseña también Platón, y cuando se divorcian empiezan a pulular los sofistas».*

Nuestra enseñanza, la de las Humanidades, no va encaminada a fabricar elegantes humanistas ajustados, en el mejor de los casos, al patrón que nos ofrece el Cortesano de Catiglione, sino hombres pautados, como Sócrates y como Moro, por el amor a la humanidad y que, por este amor, buscan afanosamente la armonía secreta del Universo, o el modus vivendi armonioso del hombre en el Universo. No se trata de acumular conocimientos exquisitos que luego se hacen circular esotéricamente en la bolsa negra de la estulticia pazguata o de la vanidad engreída; se trata de desazonar las almas, de desasosegarlas o templarlas para la busca de la verdad humana, ésa que, si no nos hace más felices -¡oh luna de miel empalagosa!- sí más dignos de la felicidad, como quería Kant el estoico (Ímaz, 2009:114).

Frente al eficientismo de la técnica, debemos de velar para que no se intente reemplazar económicamente la levadura humana por ninguna síntesis química. No cejemos en nuestro empeño de alarmar a las gentes por el constante y enorme peligro: la domesticación del hombre, pues el hombre no es un animal doméstico, sino cósmico, destinado a vivir a tono con el inmenso, terrible, poético y creador universo.

Si Heidegger representa un humanismo imposible, porque al desentenderse de la historia y meterse dentro de sí no logró más que quedarse en los huesos del hombre de un momento histórico, como Nietzsche en los del hombre de poder del Renacimiento, hay que volver a Erasmo y sus amigos, quienes reivindicaron los estudios clásicos

porque hacen al hombre más civilizado. La filosofía humanista es, por lo tanto, una teoría y práctica de la educación, una *paideía*.

El humanismo es el producto consciente, deliberado, históricamente maduro, del injerto de la conciencia cristiana en la conciencia estoica, heredera de toda la tradición universalista y clásica humana (...) En estos días nuestros de terrible sequía, con las tolveneras sofocantes de tantas propagandas, equivale a una invitación al suicidio pretender que renunciemos a nuestra estupenda tradición para acudir a las fuentes presocráticas. Il faut redonner un sens au mot humanisme. Y creemos que el sentido que hay que recalcar hoy es, precisamente, que la soledad deshumaniza al hombre si éste no retorna a la comunidad después de su terrible experiencia. El existencialismo no hace sino sublimar la amargura contemporánea al consagrar metafísicamente el hecho de nuestra soledad. El yo se encuentra a sí mismo cuando se entrega al tú, y sólo en esta entrega enteriza y personal a los demás y a la vida con los demás se le puede hacer al hombre transparente el Ser. Ni retirada individualista ni entrega colectivista⁷.

⁷ «¿Qué es el hombre? ». A propósito del libro de Martin Buber, en *Luz en la caverna*, pp. 155-162.

BIBLIOGRAFÍA

Ascunce, J.A. (1991): *Topías y utopías de Eugenio Ímaz. Historia de un exilio*, Anthropos, Barcelona.

Ímaz, E. (1989): *La fe por la palabra*, Universidad de Deusto, San Sebastián.

Ímaz, E. (2009): *Luz en la caverna y otros ensayos. Introducción a la psicología*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.